

CINCO LOBITOS

MAR GONZÁLEZ ALBERTO

Tengo un secreto y ha llegado la hora de compartirlo pero, antes, permítanme que me presente: Me llamo Amanda Lester y tengo más años de los que me gustaría recordar.

Vivo en la campiña inglesa en una preciosa casa que heredé de mis padres y que está rodeada por un bello y cuidado jardín. A la muerte de éstos como no había aprendido ningún oficio remunerado decidí alquilar habitaciones para poder seguir viviendo. La casa siempre había estado bien cuidada por mi madre y por mí. Mi padre había sido el encargado del mantenimiento.

Me gustaba cocinar y lo hacía bastante bien, soy dulce y apacible (según las personas que me conocen), se me da bien escuchar, mi pelo blanco (lo había tenido desde muy joven) y mi tez sonrosada hacía que la gente confiara en mí.

Empezaron a llegar los clientes, al principio lentamente pero poco a poco el negocio se afianzó, siempre había dos o tres habitaciones ocupadas, casi todas por viajeros que se quedaban una o dos noches, maestras que venían trasladadas o matrimonios que llegaban para descansar un fin de semana.

Todo empezó un día mientras cocinaba para mis huéspedes, cuando picaba las verduras me rebané la yema del dedo, sangraba profusamente y la cubrí con un paño limpio. Cuando me la hube curado volví a la cocina con un dilema, la yema seguía estando allí sobre la encimera y no sabía qué hacer

con ella. Era una parte de mí, no quería tirarla a la basura pero ¿qué hacer? Me puse a mirar a través de la ventana mi bello jardín y entonces se me ocurrió, lo enterraría allí junto a mi rosal favorito.

Mi vida continuaba como siempre hasta que un día cuando estaba arreglando el rosal, descubrí en sus ramas unos bultitos, pensé en algún tipo de hongo que yo no conociera y decidí estar pendiente en los días siguientes para tratar de salvarlo de esa nueva plaga.

Cuando volví a revisarlo vi que los bultitos se habían convertidos en pequeños dedos y creí que estaba soñando. Cerré los ojos y, al abrirlos, seguían allí, pequeños deditos que se movían saludándome, como si me conocieran o mejor dicho, reconocieran. Se me cayó la paleta que tenía en la mano y salí corriendo hacia la casa. Me preparé una taza de té, le añadí un chorrito de whisky y me dispuse a pensar que hacer con el rosal y compañía. No podía matarlo porque era parte mía y además ya pensaba en esos deditos como en los hijos que nunca tuve, quería cuidarlos, mimarlos, darles cariño.

Preparé en el sótano un gran cuadrado con buena tierra y esperé la ocasión de estar a solas para poder trasplantarlo, no podía permitir que nadie lo viera, tenía que salvarlo de miradas indiscretas. Fue un éxito, nadie me vio y ni la planta ni su contenido sufrieron. Cada vez que podía bajaba a estar con ellos, desde que abría la puerta empezaban a llamarme con sus gestos de nerviosa alegría, yo le cantaba canciones, su favorita era la de los cinco lobitos, sus apéndices se movían al ritmo de la canción. Acercaba la cabeza hacia ellos y acariciaban mi pelo, eran toda mi alegría. Yo les dedicaba todo el tiempo que podía y ese era el problema ¿qué les ocurriría a mis niños cuando yo faltara?

Empecé a estar pendiente de mis huéspedes, alguno tendría que encajar en el perfil pero pasaban las semanas y ellos iban y venían.

Un día llamaron a la puerta y al abrir lo supe, ella sería la guardiana de mi secreto.

-Pase querida. ¿Le gustan las plantas?